

Abdala de Ardigó, Francisca María

El amado en el Amante en la escritura de C. S. Lewis

VI Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología
“El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”
Facultad de Filosofía y Letras y Facultad de Teología – UCA
Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Abdala de Ardigó, Francisca M. “El amado en el Amante en la escritura de C. S. Lewis ” [en línea]. Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología “El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”, VI, 17-19 mayo 2016. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras. Facultad de Teología ; Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología, Buenos Aires. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/amado-amante-escritura-lewis.pdf> [Fecha de consulta:]

“El amado en el Amante en la escritura de C. S. Lewis”

A partir de, y con ocasión de su conversión al Cristianismo, la producción literaria de C. S. Lewis se vuelve fecunda y abultada. En efecto, el encuentro con Dios y la experiencia de Su amor tienen efectos incalculables en la vida y en la obra del autor inglés. Esta relación profunda y misteriosa entre el amado -el hombre- y el Amante -Dios- se convertirá, entonces, en uno de los temas centrales de su escritura y se asoma de modo latente o manifiesto en muchos de sus escritos. En este trabajo nos proponemos analizar algunos textos salientes de su producción apologética y ficcional en los cuales el escritor define, con maestría de artista, este vínculo personal de amor entre la creatura y su Creador. Entre los rasgos distintivos de esta relación se distinguen el entrañable amor de Dios que ama primero; el anhelo vital del hombre de ser poseído y abrazado por el Amor; y por último, el gozo punzante que brota en el corazón humano, fruto central aunque fugaz, de la acción de esa ardiente caridad divina en el alma. Comentaremos a continuación, la riqueza y elocuencia de algunas imágenes en su obra apologética.

En el último capítulo de *El problema del dolor*, que sugestivamente se titula “Cielo”, Lewis reflexiona detenidamente sobre el anhelo vital del hombre de ser amado por Dios. Este deseo insatisfecho del corazón humano es, en palabras del autor, una “rúbrica secreta”, es decir, un vínculo amoroso y personal que cada alma, por haber sido creada única e irrepetible, establece con su Hacedor. El autor ilustra ese infinito amor de caridad o *agapé* con el cual Dios se ofrece generosa y gratuitamente a cada uno del siguiente modo:

Cada alma tiene una forma determinada porque es un hueco hecho para acoplarse a un saliente particular de los contornos infinitos de la substancia divina Nuestro lugar en el cielo parecerá estar hecho exclusivamente para cada uno de nosotros porque fuimos creados para ocuparlo; fuimos creados para ello puntada a puntada, como el guante para la mano (147).

En el mismo texto, el escritor retoma este concepto del alma como vacío que Dios llena, y añade que un espíritu bienaventurado es un molde en cuyo seno se derrama el metal brillante del amor de Dios; el alma es un cuerpo que se abre al resplandor diáfano del sol espiritual (cfr. 151). Estas metáforas del hueco, del molde, del cuerpo receptivo remiten al lector a ese sentido esencial de la experiencia lewisiana que consiste en ser poseído antes que poseer, en ser amado antes que amar. De otro modo, estas imágenes son la expresión de un corazón necesitado que se abandona y aspira a ser impregnado por su Amante divino.

En “El peso de la gloria”, un ensayo publicado en 1941, Lewis considera la hondura de esa insondable promesa de gloria eterna que Dios le ha hecho al hombre y la fuerza de este vínculo de caridad exquisita. El hombre no sólo agrada a Dios, sino que se convierte según el escritor, en un “ingrediente de la felicidad divina”. En otras palabras, el amado no sólo es objeto de la piedad del Amante, sino de Su gozo; Dios se deleita en el hombre como el artista lo hace con su obra o el padre con su hijo (cfr.124-25). Si bien este pensamiento parece una carga imposible de sobrellevar, es así la realidad: la delicia de Dios es estar con los Hijos de los hombres (cfr. Prov. 8, 31). En el mismo ensayo el escritor expresa el anhelo del hombre de entrar en plena y feliz común unión con su Amante, y retóricamente se interroga: “¿Qué más queremos, podemos preguntar? Queremos, ¡ay!, mucho más . . . No queremos tan sólo ver la belleza, aun cuando eso sea ya -¡bien lo sabe Dios!- una gran merced. Queremos algo más, algo difícil de expresar con palabras: reunirnos con la belleza contemplada, fundirnos con ella, recibirla en nosotros, bañarnos en ella, ser parte suya” (127). Las imágenes finales teñidas de gestos de donación recíproca, no cabe duda, son prenda y anticipo de ese desposorio místico del cual gozaremos en el Cielo.

La experiencia humana de sentirse objeto predilecto del amor divino tiene como efecto un profundo regocijo. Como bien afirma Josef Pieper, la alegría es fruto del amor

(496). Esa relación entre amor y gozo nos ayuda a comprender por qué el Cielo posee un acentuado carácter festivo en su escritura. En *Cartas a Malcom*, un corpus epistolar imaginario, encontramos un pasaje sugestivo. Nuestro autor afirma que el júbilo es el fin de los fines en el país de los bienaventurados. Para expresarlo con sus palabras, “El gozo es la verdadera empresa del cielo” (107). En efecto, ¿no son acaso los amantes quienes nunca se aburren? Dios es Amor y hace nuevas todas las cosas; por ende, ante la presencia de ese *Alguien* que eternamente re-crea, sólo habrá regocijo. Asimismo, en *La imagen del mundo*, un texto de crítica literaria, Lewis define el Cielo como “la algarabía del amor insaciable”; entendiendo por algarabía su sentido auténtico de jolgorio y bullicio. Esta imagen nos permite intuir las excelsas maravillas que hay dentro de la vasta concavidad iluminada, llena de música, de júbilo y de vida. La expresión “amor insaciable”, además, nos invita a reflexionar sobre esa sobreabundancia de amor que el Amante vierte copiosamente en el amado; amor que colma, pero no cansa ni empalaga.

La obra ficcional del autor también está impregnada de imágenes y símbolos que ejemplifican el tema que nos convoca. C. S. Lewis, erudito de teoría y crítica literaria, bien conocía la funcionalidad del símbolo como manifestación o revelación de lo sagrado, y por lo tanto, no titubea en recurrir a él para descifrar el misterio fascinante de la experiencia del amor de Dios. En otros términos, nuestro autor tiene en cuenta la relación analógica entre el mundo visible y el invisible *-Per visibilia ad invisibilia-*, y mediante objetos reales y tangibles, comunica verdades también reales, pero intangibles e inmateriales, imposibles de comunicar de otra manera.

La primera instancia que recogemos corresponde a uno de los diálogos en *El gran divorcio*, una pequeña alegoría deliciosa. En esa entrevista, un espíritu celestial se esfuerza inútilmente en mostrar a su interlocutor, un intelectual autosuficiente y sabelotodo, que la

eternidad no es un concepto abstracto ni estático sino, muy por el contrario, una realidad concreta y dinámica. Ante la insistencia de este fantasma insubstancial, quien pide, de acuerdo con su espíritu racionalista y calculador, considerar garantías antes de emprender el camino a las Montañas, el personaje resplandeciente le describe la cualidad concreta del Cielo y le anticipa la presencia de un Esposo Amante que satisface toda necesidad: “‘Ningún ambiente propicio para la crítica: le llevo a la tierra de las respuestas, no de las preguntas. Y verá el rostro de Dios’ . . . ‘Así lo cree, porque hasta ahora solamente ha experimentado la verdad con la inteligencia abstracta. Le llevaré donde la podrá saborear como si fuera miel, donde le abrazará como una novia. Y le saciará la sed’” (44). Estas símiles finales cargadas de dulzura, saciedad y connotaciones esponsales revelan la verdadera esencia del Esposo Divino.

Los encuentros personales que Ransom, el protagonista de la trilogía cósmica, mantiene con los arcontes de los espacios celestes emergen como símbolo de la participación de la creatura en la vida del Amante. En *Perelandra*, el segundo volumen de la serie, el héroe se reúne nuevamente con el arconte de Malacandra y conoce al gran *eldil* de Perelandra. Esta vez los enviados del Amante se muestran bajo la apariencia de dos figuras humanas, imponentes en altura y en blancura. El aspecto de sus rostros da cuenta de la sacralidad de su presencia; así nos lo dice el narrador: “Una expresión única, inmutable, tan nítida que le hacía daño y lo aturcía, estaba impresa en cada uno y no había absolutamente nada más . . . Ransom no podía asegurar qué era ese único elemento. Al fin concluyó que era caridad . . . Un amor puro, espiritual, intelectual se descargaba desde los rostros como una luz hiriente” (278-79). Nos atrevemos a inferir que los rayos de ferviente caridad que sus rostros irradian son un reflejo de la Fuente Originaria de la Luz.

Otro pasaje singular, también en *Perelandra*, es la visión de lo que Lewis llama, siguiendo la tradición de la cultura clásica occidental, “la Gran Danza” (cfr. 303-07). La Gran Danza, como Lewis explica en *Mero Cristianismo*, es la relación interpersonal de amor, dinámica y vital, que se desarrolla *ad intra* en la misteriosa comunidad de la Trinidad Beatísima, y a la cual todo hombre debe aspirar a entrar (cfr. 186-87). En las páginas finales de *Perelandra*, la danza ha comenzado y Ransom está invitado a unirse a ella. Durante la conversación con los Reyes de Perelandra y con los arcontes de Marte y Venus, el visitante humano se ve, sorpresivamente, envuelto en un diálogo sobre el origen y la naturaleza de la Gran Danza. Las alocuciones que escucha constituyen una auténtica alabanza a *Maleldil* y las diferentes voces bendicen Sus atributos. Repentinamente, por un proceso que Ransom no advirtió con conciencia, le pareció que aquel discurso se transformaba en visión. Creyó ciertamente que veía la Gran Danza. Parecía estar tejida con numerosas cintas de luz de distinta anchura y luminosidad, que saltaban entre sí y se abrazaban en arabescos y artificios formando diferentes figuras maestras. Cada vez, el movimiento se hacía más veloz, el entrelazamiento más arrebatador, la relación de todo con todo más intensa y una dimensión se añadía a la otra. Precisamente, en el cenit mismo de la complejidad, la visión se disolvió. Y entonces, a Ransom le sucedió lo siguiente:

Y una simplicidad que estaba más allá de toda comprensión, antigua y joven como la primavera, ilimitada y diáfana, lo arrastró con cuerdas de deseo infinito a su propia inmovilidad. Ascendió hacia tal serenidad, tal intimidad y tal / frescura, que en el momento mismo en que estuvo más alejado de nuestro modo de ser normal tuvo la sensación de desembarazarse de molestias, despertar del trance y volver en sí (306-07).

La fuerza de este pasaje nos arrima al misterio fascinante de la intimidad en la Vida Trinitaria, y nos ayuda a saborear anticipadamente los secretos recónditos del Corazón de Dios. Asimismo, esta visión veloz marcada por su vertiginosidad, el arrebato, el deseo

inconsolable y la vuelta a normalidad, representa, sin más, esos destellos fugaces de gozo tan propios de la experiencia que Lewis intenta describir en su obra.

Otra instancia conmovedora se refiere al encuentro entre el Rey Pescador y la todavía moderna e independiente joven vidente, Jane Studdock en *Esa horrible fortaleza*. Cabe anotar aquí que Rey Pescador o Pendragón es el nombre de Ransom a su regreso de Venus. Sus viajes a los espacios celestes, sus encuentros con los arcontes de esos planetas y su victoria heroica sobre las fuerzas del mal le han otorgado una dignidad sublime y una sabiduría especial; por ende, una nueva identidad y una peculiar misión. En la primera entrevista con el Pendragón, Jane está endurecida, determinada a no ceder y a ofrecer fuerte resistencia. No obstante, todos sus esfuerzos resultan estériles en cuanto entra en la sala y conoce al Director. La juventud del rostro, la tersura de la piel, la belleza luminosa de su cabello dorado, su barba abundante, el vigoroso apretón de manos, la serenidad de su semblante tienen el poder de derribar el muro interno de la joven. La figura del Pendragón inspiró tal dignidad que por primera vez la muchacha saboreó el verdadero sentido de la palabra *Rey*. El nombre sugirió entonces en su mente todas esas magníficas asociaciones encadenadas de batalla, matrimonio, sacerdocio, misericordia y poder. La fragilidad interior de Jane cuando su mirada contempla fascinada ese rostro de aspecto real se comenta así:

En aquel momento, cuando posó los ojos por primera vez en esa cara, Jane olvidó quién era ella y dónde estaba, . . . /Fue sólo un relámpago, desde luego. Un momento después era una vez más la Jane común, social, sonrojada y confundida al descubrir que había estado mirando con fijeza, groseramente . . . a un completo extraño. Pero su mundo estaba deshecho; lo sabía. Ahora podía pasar cualquier cosa (182-83).

En efecto, pasó lo mejor. La joven independiente se volvió esclava, al servicio de su Rey.

Por último, consideramos la figura maravillosa de Aslan. En todas las historias de Narnia se pone de manifiesto la actitud diligente de este Gran Rey que sale al encuentro de

los suyos, los protege con cuidado solícito y les manifiesta la ternura de su amor. Todos los encuentros son de una riqueza literaria y teológica insondable; aquí incluimos un pasaje de *El Caballo y su niño*, el cual, por preferencia personal, hemos escogido para este análisis.

Ciertamente el encuentro del León con Shasta, el héroe protagonista, emerge como un signo visible de la protección silenciosa pero eficaz del Amante a lo largo de la vida de su pequeño amado. No sin razones válidas, aunque pueda haber cierta autocomplacencia, Shasta se siente la persona más desdichada del mundo. Durante la fuga de Calormen a Narnia todos los personajes han podido llegar salvos a destino menos él, quien además ha debido arrostrar serias dificultades y peligros. Sumado a esta profunda soledad y desaliento en medio de una noche oscura y neblinosa, el niño estaba exhausto y tenía hambre. Consciente de esta situación desoladora comenzó a llorar. Es precisamente en esta hora de abatimiento total cuando el León se le aparece. Primero se manifiesta a través de su tibia respiración; el cálido aliento que sopla sobre la cara y las manos frías del niño le permite recobrar cierta tranquilidad. Entonces, a pedido del Acompañante invisible, Shasta comienza a contarle sus penas: que era huérfano, que había sido criado severamente por un pobre pescador y que se había escapado de él. También le relata los peligros de la huida: los ataques de los leones, los peligros de la ciudad de Tashbaan, los aullidos de las bestias entre las tumbas, el calor y la sed durante la travesía del desierto, la agresión del león a su amiga Aravis. Allí la Voz habló y le reveló la verdad:

Yo era el león que te obligó a juntarte con Aravis. Yo era el gato que te consoló en medio de las casas de la muerte. Yo era el león que ahuyentó a los chacales mientras tú dormías. Yo era el león que dio a los caballos renovadas fuerzas sacadas del miedo para los últimos metros que faltaban, a fin de que tú pudieras alcanzar el rey Lune a tiempo. Y yo era el león, que tú no recuerdas, que empujó el bote en que yacías, un niño próximo a morir, para que llegase a la playa donde estaba sentado un hombre, insomne a la medianoche, que debía recibirte (179).

Ante esta conmovedora confesión de cuidados entrañables el niño quiere saber la identidad de su Compañero. Entonces, la Voz proclama tres veces seguidas, aunque con tono diferente cada vez, esa exclamación indescifrable pero potente y plena de significación: “Yo mismo” (179). Walter Hooper argumenta que la primera voz, profunda y baja que hizo estremecer la tierra, puede atribuirse a Dios Padre, Creador del universo; la segunda voz, clara y fuerte, se asocia con el Verbo, quien es la Voz Encarnada que desvela el misterio del Padre; y el último susurro corresponde al Espíritu Santo, esa acción divina suave pero eficaz que lo penetra todo (cfr. 441). Shasta comienza a vislumbrar la verdadera identidad de esa Presencia y, cuando la niebla se disipa, es encandilado por la figura dorada y luminosa del León. Con reminiscencias paulinas, el niño se resbala de la montura del caballo y cae a los pies de la Bestia. En la quietud del alba aconteció uno de los encuentros más bellos entre el Amante y el amado que pueden recogerse en las páginas de Lewis:

El Gran Rey sobre todos los reyes avanzó hacia él. Su melena, y algún extraño y solemne perfume que impregnaba su melena, envolvían totalmente a Shasta. Tocó su frente con su lengua. Shasta levantó la cabeza y sus ojos se encontraron. Entonces, en un instante, el pálido brillo de la luna y el feroz brillo del León se enrollaron como una madeja en un remolino glorioso y se fundieron en uno y desaparecieron. Shasta estaba solo con el caballo en una ladera cubierta de hierba bajo un cielo azul. Y los pájaros cantaban (*El caballo* 181).

A modo de conclusión, nuestro propósito en esta investigación ha sido asomarnos a uno de los grandes temas sobre los cuales C. S. Lewis ha escrito extensamente, y mostrar así la riqueza inagotable de su producción literaria. También es nuestro deseo invitar a aquellos hombres de nuestro tiempo que experimentan sed de respuestas existenciales, para que se acerquen y beban de las aguas claras, frescas y nutritivas de sus sabias y bellas palabras.

Bibliografía

- Hooper, Walter. *C. S. Lewis: A Companion & Guide*. London: HarperCollins, 1996. Impreso.
- Lewis, C. S. *El caballo y su niño*. Trad. M. Rosa Duhart Silva. Santiago de Chile: Andrés Bello, 2000. Impreso.
- . *El gran divorcio: Un sueño*. Trad. Oscar Luis Molina. 3ª ed. Santiago de Chile: Andrés Bello, 1995. Impreso.
- . “El peso de la gloria”. *El diablo propone un brindis y otros ensayos*. Trad. José Luis del Barco. 5ª ed. Madrid: Rialp, 2006. 115-130. Impreso.
- . *El problema del dolor*. Trad. José Luis del Barco. 8ª ed. Madrid: Rialp, 2006. Impreso.
- . *Esa horrible fortaleza*. Trad. Elvio E. Gandolfo. Buenos Aires: Minotauro, 2006. Impreso.
- . *La imagen del mundo: Introducción a la literatura medieval y renacentista*. Trad. Carlos Manzano. Barcelona: Península, 1997. Impreso.
- . *Más allá del planeta silencioso*. Trad. Elvio E. Gandolfo. Buenos Aires: Minotauro, 2006. Impreso.
- . *Mero cristianismo*. Trad. Verónica Fernández Muro. 5ª ed. Madrid: Rialp, 2007. Impreso.
- . *Perelandra*. Trad. Elvio E. Gandolfo. Buenos Aires: Minotauro, 2006. Impreso.
- . *Si Dios no escuchase: Cartas a Malcom*. Trad. José Luis del Barco. 2ª ed. Madrid: Rialp, 2004. Impreso.
- Pieper, Josef. *Las virtudes fundamentales*. Trad. Juan José Gil Cremades. 3ª ed. Madrid: Rialp, 1980. Impreso.